

Escepticismo y relativismo en la gestión de la ignorancia

Anna Estany

Departamento de Filosofía (Universidad Autónoma Barcelona)

Introducción

Escribir sobre la obra de Mario Bunge con motivo de su centenario plantea una difícil decisión sobre los temas a abordar, dado su amplio y profundo análisis de todas las cuestiones de filosofía de la ciencia que ha tratado a lo largo del siglo xx. Pero si hay una línea que recorre toda su obra es su perspectiva racional para abordar los problemas. En este sentido, no cabe duda de su empeño en cuestionar tanto el escepticismo como el relativismo. El objetivo de esta colaboración en el homenaje a Mario Bunge es reflexionar sobre el papel del escepticismo y el relativismo en la gestión de la ignorancia.

Como diría mi amigo y colega Toni Domènech (1952-2017), filósofo de las ciencias sociales, ignoramos más de lo que conocemos, la cuestión es cómo gestionamos la ignorancia. Considero que el escepticismo y el relativismo es la peor forma de gestionarla. Aunque pueda parecer una perogrullada, hay que decir que no somos dioses, una cuestión no baladí y a tener en cuenta al abordar las posibilidades y límites de la naturaleza humana. Hay una gran variedad de situaciones en las que dichas posibilidades y límites se hacen evidentes, pero también hay infinidad de recursos para superarlas. Como humanos ansiamos saber, lo cual conseguimos a través de nuestras capacidades cognitivas y así superamos algunas de estas limitaciones para conocer el mundo que nos rodea y hacer posible la supervivencia.

Escepticismo

El escepticismo como actitud filosófica cuestiona la fiabilidad del conocimiento, pero el simple cuestionamiento no es suficiente para calibrar una corriente filosófica como escéptica. En este sentido, habría que distinguir entre cuestiones que expresan dudas acerca de nuestras creencias y sistemas, cuyo objetivo es demostrar que no hay fundamento para dichas creencias. Así por ejemplo, no es lo mismo las dudas planteadas por Descartes al principio de su sistema filosófico que

el escepticismo de Hume.

En realidad, el pensamiento escéptico ha estado siempre presente en la filosofía y podemos rastrearlo a través de su historia. Vamos a indicar algunos ejemplos de dicho pensamiento. La teoría metafísica de Heráclito de que todo se mueve y que no podemos bañarnos dos veces en el mismo río es una muestra de una tendencia escéptica, en el sentido de que no es posible descubrir ninguna verdad inmutable sobre la realidad. También la máxima del sofista Protágoras «el hombre es la medida de todas las cosas» es una muestra de la vena escéptica en tanto en cuanto significa que no hay criterios transubjetivos.

Durante los siglos iv y iii a.C., Pirrón de Elis (360-270 a.C.) es el más fiel representante de la doctrina escéptica. Respecto a Pirrón de Elis, P.P. Hallie (1985), en una introducción a la obra de Sextus Empiricus, considera dos posibles interpretaciones: una que le ve como totalmente despreocupado por las cosas de la vida cotidiana, llevando a sus últimas consecuencias sus ideas escépticas, y otra que le ve como una persona que, aunque está convencida de que no puede saber cómo es la naturaleza última de las cosas, admite, por una cuestión práctica, que las cosas son como parecen que son.

En la Edad Media, san Agustín cree que el escepticismo solo puede superarse a través de la revelación, con lo cual la fe pasa a ocupar el lugar de la razón en la búsqueda de un fundamento del conocimiento. Parece que todo el escepticismo de la Edad Media, Renacimiento y el siglo xvi es parcial, ya que, en último término, hay razones para pensar que tenemos conocimiento aunque la fundamentación esté en la revelación, en Dios y en la gracia divina.

Es a partir de 1620 que empiezan a surgir trabajos que mantienen una cierta ambigüedad respecto al escepticismo. Tal es el caso de las respuestas a los escépticos presentadas por Hobbes, Pascal, Spinoza y Leibniz. Ninguno de estos filósofos pueden enmarcarse en la corriente escéptica, aunque difieran en lo

que constituye el fundamento de nuestras creencias.

La figura de David Hume (1711-1776) no puede quedar al margen de la perspectiva escéptica de la filosofía. Hume es uno de los filósofos que más peso han tenido en el pensamiento occidental, y uno de los que plantearon cuestiones sobre la fundamentación del conocimiento que han hecho correr mucha tinta ofreciendo propuestas, aunque no respuestas definitivas. El aspecto escéptico del pensamiento humeano tiene que ver, fundamentalmente, con el problema de la inducción y la uniformidad de la naturaleza.

Al hacer un balance del escepticismo tenemos, por un lado, el escepticismo pirrónico, que si recurrimos a su más estricta etiología significa indagación e investigación más que imposibilidad de conocer. Por otro, el de muchos pensadores escépticos que lo son solo en virtud de alguno de los criterios, por lo que parece más bien una estrategia para sentar las bases de un nuevo sistema epistemológico que suplante a aquel sobre el que recaen las dudas escépticas. Vista así, la historia del escepticismo parece más bien la historia de la búsqueda de fundamentos para el conocimiento, una perspectiva que puede considerarse estrictamente pirrónica. Esta es a su vez su fuerza y su debilidad. Su fuerza porque, ¿quién se atreve a decir que conocemos todo lo que podemos conocer, o que incluso el conocimiento que tenemos de las cosas no va a variar jamás? Pero aquí reside su debilidad, porque el error y la ignorancia forman parte de la naturaleza humana. Por tanto, si lo único que afirma el escepticismo es

nuestra posibilidad de equivocarnos, entonces es una cuestión trivial.

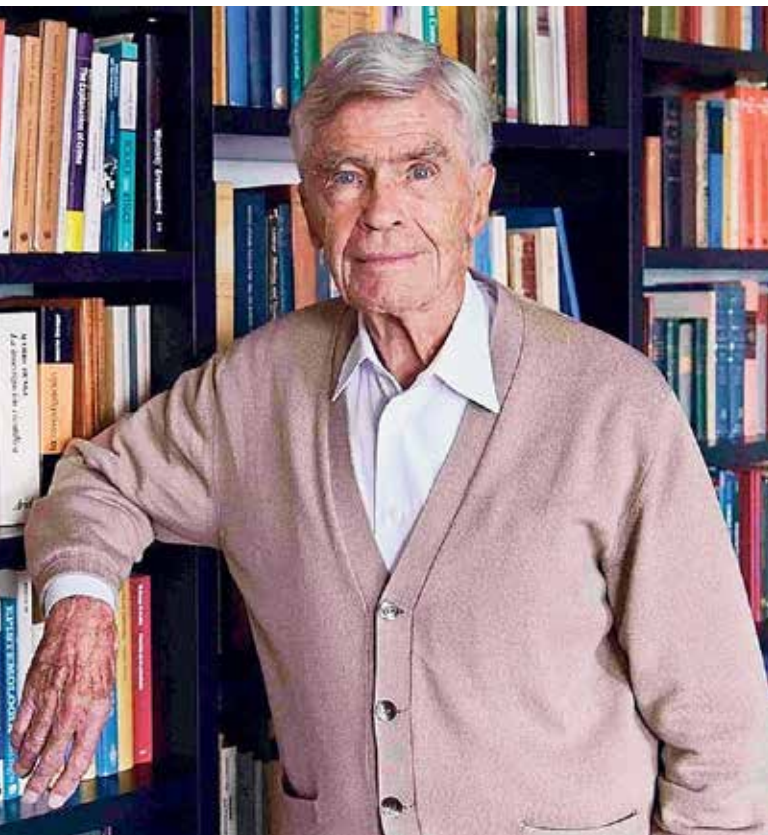
Dando un salto en la historia de la filosofía, podemos decir que Immanuel Kant culmina el objetivo de los filósofos de la segunda mitad del siglo XVIII en Alemania, en el sentido de refutar los argumentos escépticos de Hume, porque piensa que socavan los logros intelectuales de los humanos. Kant asume que el conocimiento es posible y que, por tanto, el escepticismo total es falso.

Relativismo

La revolución científica de los siglos XVI y XVII puso en tela de juicio las doctrinas escépticas, quizás no en una interpretación pirrónica pero sí del escepticismo como la doctrina que cuestiona de forma radical la capacidad de los humanos de conocer. Así, la Ilustración se caracterizó por un rechazo de cualquier línea de pensamiento anclada en el escepticismo. Esto trajo como consecuencia que la ciencia pasó a ser la fuente más importante de adquisición del conocimiento y una garantía para la justificación de nuestras creencias. Esto hace que todo cuestionamiento del conocimiento en el siglo XX tenga como objetivo la ciencia, dado que constituye su base más sólida. El relativismo, sobre el conocimiento en general y sobre el conocimiento científico en particular, defiende la tesis de que el mundo natural y la evidencia que tenemos de dicho mundo no constituyen ningún límite para nuestras creencias, o dicho en otras palabras, nuestras creencias sobre cómo son las cosas son prácticamente independientes de como realmente son.

El relativismo, al igual que el escepticismo, no constituye un sistema filosófico compacto, sino más bien un marco teórico con muchos matices, que podemos concretar en el rechazo de cualquier base definitiva e inamovible de la que pueda derivarse el resto del conocimiento, de cualquier recomendación para incrementar el conocimiento y de criterios epistémicos de elección entre creencias. Esto implica el abandono de la epistemología y, por tanto, de todos los valores epistémicos que la ciencia toma como guías para la elección de teorías, tales como la base empírica, la simplicidad, la potencia explicativa de los fenómenos, etc.

Una de las propuestas que ha tenido especial impacto en la segunda mitad del siglo XX es el Programa Radical en Sociología del Conocimiento (*Strong Programm in Sociology of Knowledge*, SPSK). Uno de sus fundadores es David Bloor, cuyo pensamiento expone en su libro *Knowledge and Social Imagery* (1976). Los cuatro principios sobre los que Bloor asienta la sociología del conocimiento son: i) buscar las causas que producen las creencias y los estados de conocimiento; ii) buscar explicaciones tanto de la verdad, la racionalidad y el éxito como de la falsedad, la irracionalidad y el fracaso; iii) el mismo tipo de causa puede explicar las creencias verdaderas que las falsas; y iv) las tesis de la sociología del conocimiento son reflexivas en el sentido de que los mismos patrones



de explicación deben poder aplicarse a la propia sociología.

La idea central del Programa Radical es que las ciencias, incluidas las llamadas «ciencias duras» como la física y la matemática, dependen tanto de factores sociales y de intereses económicos, tradiciones y prestigio como de la observación y la lógica. Desde el punto de vista epistemológico estamos en el más puro relativismo, y la epistemología pierde toda autonomía al quedar reducida —si no eliminada— a la sociología del conocimiento. El conocimiento científico no tiene ningún rango privilegiado respecto a cualquier otra fuente de adquisición de conocimiento.

¿Tienen alguna razón de ser los estudios planteados por los autores situados en torno al Programa Radical? En primer lugar, el papel de la ciencia y el desarrollo de la tecnología han adquirido tal importancia en nuestra sociedad que surgieron estudios sobre la ciencia desde la sociología, la política, la ética, la antropología y la psicología. Concretamente, los trabajos de Merton (1977) sobre sociología de la ciencia son un ejemplo de este tipo de estudios, pero cuando se habla de constructivismo social en teoría del conocimiento, no suele referirse a sociología de la ciencia entendida como un campo específico de la sociología al igual que la sociología del trabajo o de la educación, sino a que la sociología de la ciencia puede dirimir cuestiones que hasta el momento eran competencia de la epistemología. En segundo lugar, la imbricación actual entre investigación básica, la aplicación de esta a la construcción de artefactos tecnológicos y las consiguientes repercusiones para la sociedad han creado la necesidad de los estudios sociopolíticos de la ciencia; pero el Programa Radical, aun acertando en el diagnóstico, se ha equivocado en la forma de acercarse al problema.

Modelos racionalistas

La filosofía de la ciencia a lo largo del siglo ha estado centrada en el análisis de las ciencias puras, cuyo objetivo es la descripción del mundo natural y social. Sin embargo, en la actualidad, y muy especialmente la segunda mitad del siglo xx después de la II Guerra Mundial, la imbricación entre ciencia y tecnología y la importancia de la ciencia aplicada han ocasionado

una serie de campos disciplinares en los que los factores sociales, políticos, económicos y éticos conforman sus decisiones y sus valores epistémicos. Todo ello nos lleva a considerar la necesidad de modelos para abordar la complejidad de los fenómenos actuales, tanto de la ciencia pura como de la aplicada, desde una perspectiva racionalista. En este sentido, las ciencias de diseño y la praxiología pueden jugar un papel muy importante para este abordaje racional.

Las ciencias de diseño son el resultado de un proceso de cientifización y mecanización de las artes en el sentido de habilidades y de las actividades prácticas. H. Simon, en *The science of the artificial* (1969), señala que el modelo tradicional de ciencia ofrece una imagen engañosa de campos como la ingeniería, medicina, arquitectura, economía, educación, etc. que están interesadas en el diseño en el sentido de objetivo, propósito, meta a conseguir, es decir, no tienen como objetivo saber cómo son las cosas sino cómo tienen que ser para conseguir determinados fines.

La tesis de Simon es que una ciencia del diseño no solo es posible, sino que ha emergido desde la mitad de los setenta. El resultado es que existe hoy en día un cuerpo sustancial de conocimiento, teórico y empírico, que trata de los componentes y de su interrelación, de la teoría del diseño. La propuesta de Simon a la creación de una ciencia de diseño no cayó en el vacío. En la década de los setenta ya encontramos aportaciones a la metodología del diseño (Nadle, McCroty, Hall, Asimov) que intentan reformular el método científico estándar a las necesidades de las ciencias de diseño.

Desde la filosofía de la ciencia uno de los pioneros en tratar la filosofía de la ciencia aplicada es Ilka Niiniluoto que en 1993 publica un artículo en *Erkenntnis*, «The aim and structure of applied sciences», que tuvo repercusiones en la construcción de un enfoque racionalista que tomara en cuenta la ciencia aplicada. Dada la estructura de los enunciados de las ciencias de diseño, Niiniluoto considera que es importante la contribución de la praxiología, ciencia de la acción eficiente, tal como la define T. Kotarbinski (1962). La tarea de la praxiología es investigar las condiciones de las que depende la maximización de la eficiencia que, según Kotarbinski, son el contenido teórico, las

El escepticismo como actitud filosófica cuestiona la fiabilidad del conocimiento, pero el simple cuestionamiento no es suficiente para calibrar una corriente filosófica como escéptica

técnicas utilizadas y las acciones que se llevan a cabo para conseguir el fin u objetivo propuesto.

Conclusiones

El escepticismo plantea dudas sobre nuestra capacidad cognitiva para fundamentar nuestras creencias, dudas razonables, dadas nuestras limitaciones como humanos; sin embargo, la evolución nos ha dado mecanismos para superarlas y no solo sobrevivir sino haber sido capaces de construir el acervo cultural de la humanidad.

Por su parte, el relativismo actual que se desprende del programa radical y del constructivismo social se hace eco de la importancia de los factores contextuales (sociales, políticos, económicos, éticos, etc.) en la ciencia, pero la alternativa socava toda posibilidad de conocimiento. En cambio, los modelos de las ciencias de diseño y de la praxiología hacen posible aunar el impacto de los factores contextuales y la perspectiva racional y, en consecuencia, una buena gestión de la ignorancia.

Agradecimientos

Este trabajo ha sido financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades dentro del Sub-

programa Estatal de Generación del Conocimiento a través del proyecto de investigación FFI2017-85711-P Innovación epistémica: el caso de las ciencias biomédicas.

Este trabajo forma parte de la red de investigación consolidada «Grupo de Estudios Humanísticos de Ciencia y Tecnología» (GEHUCT), reconocida y financiada por la Generalitat de Catalunya, referencia 2017 SGR 568.

Bibliografía

Bloor, D. (1976) *Knowledge and social imagery*. Chicago: The University of Chicago Press.

Estany, A. (2001) *La fascinación por el saber. Introducción a la teoría del conocimiento*. Barcelona: Crítica.

Estany, A. (2006) *Introducción a la filosofía de la ciencia*. Bellaterra (Barcelona): Ediciones UAB.

Hallie, P.P. (1985) *Sextus Empiricus*. Indianapolis, IN: Hackett.

Kotarbinski, T. (1965). Praxiology. An introduction to the science of efficient action. New York: Pergamon Press.

Niiniluoto, I. (1993). The aim and structure of applied research. *Erkenntnis*, 38:1-21.

Simon, H. 1996 (3ª edición). *The science of the artificial*. Cambridge (MASS): MIT.

